

Qué relación entre lo femenino y el deseo del analista?

Hace unos años, concurrí a un seminario, dictado por Roberto Consolo, que se llamaba “De la histeria a la feminidad” Siempre recordé ese nombre porque indicaba un recorrido; y la feminidad aparecía como punto de llegada.

Hace unos días me lo recuerda nuevamente Amalia Cazeaux, en una de las charlas que tuvimos en el cartel: “La mujer nace, o se hace?”. Ese pasaje a la feminidad es producto de una serie de operaciones que se dan a nivel de la estructura.

La posición femenina es un punto de arribo en el análisis tanto para hombres como para mujeres. Se trata de un movimiento respecto de los modos de goce.

Sabemos que lo referente a lo femenino no es fácil de aprehender, no es un tema simple...Ni Freud, ni Lacan, han podido responder a la pregunta sobre el deseo de una mujer...qué quiere una mujer es un enigma, y en tanto tal causa.

La histeria, como estructura enmarcada dentro de las neurosis, revela su relación al falo haciéndose toda ella el falo que colma al Otro. La histeria ofrece su cuerpo para que el inconsciente haga allí su escritura. La estructura histérica fija al sujeto en una posición servil respecto del Otro, o en perpetua lucha. La histeria se las ingenia para sostener el deseo en el plano de la insatisfacción. Fálica o castrada, la histeria se ubica en más o en menos respecto de este operador lógico que Lacan formalizó como ϕ .

Qué es una mujer? Como se produce el pasaje de la histeria a la feminidad?

Quiero comentarles sobre un caso clínico que me ha interrogado.

Se trata de una paciente a quien atiendo desde hace varios años, aunque de manera intermitente.

En su último retorno viene a plantearme que se ha enamorado de una chica, con la cual está saliendo desde hace unos meses. Me afirma que está “saliendo del closet”.

Si bien el cuestión de sus relaciones de pareja había sido tema de análisis, siempre había hablado de relaciones heterosexuales. Había intentado en varias oportunidades sostener relaciones con hombres resultando todas fallidas. Generalmente ella se cansaba; algo se le volvía tedioso; otras, simplemente, se desgastaban rápidamente.

Pero nunca había mencionado dudas respecto de su orientación sexual.

El amor se le hacía posible en relación a otra mujer.

Esta paciente, ya en análisis, ha logrado avanzar en varias de sus inhibiciones e interrogar algunos síntomas, pero no había podido desentrañar aún sus tropiezos en el amor.

“Amor” era el de sus padres, amor idealizado que comenzaba a tornarse pregunta, fundamentalmente sobre el precio a pagar por ese ideal.

Ambos padres habían egresado de la universidad, pero sólo su padre ejercía su profesión. Su madre había cedido “todo” para ser madre y esposa. Ella es la primera hija de una serie de tres, cargando con la culpa de ser la causa del “fracaso” profesional de su madre.

El amor se equiparaba para ella a una lucha de poderes, lucha que siempre ganaban los hombres, quedando las mujeres sometidas de por vida. El hecho de pertenecer a un grupo militante feminista le daba letra para decir sobre su síntoma, para argumentar su posición. Pero eso no alcanzaba a decir su verdad.

En este tiempo del análisis comienza a sentir un inexplicable rechazo hacia su madre por haber “hipotecado” su vida, quedando tomada por el discurso machista que ella tanto repudiaba. Veía a su madre como “cómplice del sistema”. Se establece una especie de competencia

imaginaria. El odio se instala en la escena analítica, y se hace sentir en la transferencia.

Mientras ella sostenía esta lucha con su madre por el amor de su padre, los hombres circulaban por su vida sin dejar rastro en ella.

Pero aparece una mujer y ella se enamora...aparece el amor. ¿Por qué? ¿Qué pasa allí? ¿Se trata de la asunción de una posición sexuada o de un síntoma histérico?

No va de suyo que una mujer se ubique en el lado femenino de las formulas, más bien, como planteamos, sería un punto de llegada.

Lacan dice en el seminario 20 que “la mujer tiene diferentes modos de abordar el falo y ahí está todo el asunto”.

Tener diferentes modos de abordar el falo imprime una diferencia respecto de los hombres.

El falo es un operador lógico que vela y, al mismo tiempo, revela la falta. Establece límite, ordena los goces, pero también puede tomar cierta consistencia imaginaria dejando al sujeto fijado a un determinado modo de gozar.

Si la histeria hace del falo un atributo, quedando identificada a él; la mujer (“La” tachada) tiene otras chances.

“Gozar de la falta”, decía Rodrigo Echalecu en su seminario sobre Deseo y Goce- , falta que va quedando como residuo del trabajo de un análisis, en las vueltas de la demanda, en los múltiples intentos de convocar a un Otro que no existe; ilusión neurótica que perpetúa al sujeto ‘hipotecado’.

De ese desencuentro, de esa repetición de lo imposible, es que puede emerger algo posible.

Cuando Lacan se refiere al goce de la mujer dice que “es un goce de ella, de esa ella que no existe y nada significa, que ni ella lo sabe a no ser porque lo siente”. Si seguimos a Lacan en sus formulaciones veremos que inscribirse del lado femenino de las formulas de la sexuación es “vetar toda universalidad”. Las mujeres no hacen conjunto.

Buscar esa igualdad de la que hablaba mi paciente plantea del vamos un imposible, que muchas veces se vive como impotencia.

La posición femenina se ordena en torno a ese agujero, vacío producto del análisis que nos recuerda cada vez que no es posible un goce Todo, pero si es posible algún goce.

El análisis posibilita un desprendimiento de esa relación al falo en el que cada mujer cree encontrar su poder, se trate de un amor, de un lugar, un hijo... Desprenderse a sabiendas de que eso es sólo una ilusión. El deseo tiene que ver con otra cosa. El deseo es lo que motoriza la existencia.

El deseo del analista, que también es un punto de llegada, también es producto de un trabajo analítico, se articula a un deseo.

El deseo del analista esta en relación a la subjetivación de la falta. Es poner a disposición esa brecha que separa al ideal del objeto a.

Allí donde no hay respuestas, allí donde la cosa no encaja, donde la palabra no alcanza, donde el vacío hace agujero, donde aparece alguna chance de movimiento subjetivo. El analista debe poder soportar ese vacío en su cuerpo, hacer semblante del objeto que el analizante proponga en el juego de la transferencia; y para ello debe estar disponible. No es cuestión de voluntades. Es cuestión de estructura.

Claudia Lujan
Agosto 2017